

JOSI S. KILPACK

*El secreto
de Amber*



libros de
seda

Copyright de la fotografía

©Erin Summerill

Biografía de Josi S. Kilpack

A Josi S. Kilpack no le gustaba nada leer hasta que su madre le entregó un ejemplar de *La bruja de Blackbird Pond* cuando tenía trece años. A partir de entonces, ha leído todo lo que caía en sus manos. De hecho, atribuye su habilidad en la escritura a las muchas novelas que casi «ha estudiado» desde entonces. La primera novela que escribió fue en 1998 y lleva ya veinticinco, además de un libro de cocina. Ha ganado cuatro veces el premio Whitney y una el premio Best of State. En la actualidad vive en Willard, Utah, con su marido e hijos.



Amber Marie Sterlington, la sensación de la temporada en el Londres de Regencia, ya ha elegido a unos cuantos hombres, y sabe qué es lo que más le importa en un marido: que tenga un título y fortuna. ¿Por qué habría de casarse por algo tan pasajero como el amor? ¿Y por qué habría de mirar más de dos veces a Thomas Richards, el tercer hijo de un hacendado rural?

Sin embargo, cuando su estatus social se ve amenazado, el carácter de quien sea su futuro esposo se convierte en algo mucho más importante que su posición. Tras sufrir una humillación pública, se ve desterrada a Yorkshire. Sola, con la única compañía de su doncella, Amber tendrá que enfrentarse a un futuro y una vida que está muy por debajo de lo que ella siempre ha conocido. Humillada y abandonada por su familia, empezará a plantearse si esa soledad será lo mejor. Después de todo, ¿quién podría quererla ahora?

*El secreto
de Amber*

El secreto de Amber

Originally published in English under the title:
A Heart Revealed

Copyright © 2015 Josi S. Kilpack

Spanish translation © 2018 Libros de Seda, S.L.
Published under license from Shadow Mountain.

© de la traducción: Diego Merry del Val Medina

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Marta Ruescas

Conversión en epub: Booqlab

Imagen de cubierta: © Malgorzata Maj/Arcangel Images

Primera edición digital: febrero de 2018

ISBN: 978-84-16973-36-1

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

*El secreto
de Amber*



JOSI S. KILPACK

*A Thomas Richards y Amelia Hey,
mi vínculo personal a Inglaterra.
Gracias por vuestro legado.*

Libro uno



Londres

Capítulo 1

Abril

Thomas se dio cuenta al instante de que Amber Sterlington acababa de efectuar su entrada en la sala de baile de Almack's. No porque estuviera mirando hacia la puerta, o porque alguien pronunciara su nombre. No. La razón por la que Thomas Richards supo que la señorita Sterlington acababa de llegar fue el hecho de que todos los caballeros se enderezaron y volvieron la cabeza. Simultáneamente, las mujeres presentes en la sala entrecerraron los ojos o levantaron la barbilla un poco, la versión femenina de la misma respuesta. No en vano Amber Sterlington era la Sensación de la Temporada y, en un abrir y cerrar de ojos, la estancia había cambiado ante su presencia.

A Thomas le importaba poco la atención que la sociedad pudiera dispensarle a la señorita Sterlington, pero, al igual que los demás, reaccionó a su llegada irguiéndose un poco, por si acaso a ella se le ocurría mirar en su dirección. La verdad era que Amber Sterlington era sencillamente la mujer más atractiva que había visto en su vida y estaba tan impresionado por su llegada como el resto de los hombres.

Durante el mes que llevaba en Londres —aquel era su tercer baile de los miércoles en Almack's— Thomas había visto a la señorita Sterlington casi una docena de veces, en diversos eventos, y en ninguno de ellos había podido evitar que la joven le provocara una profunda impresión. Posteriormente se había reprendido por ello sin contemplacio-

nes, pues se tenía a sí mismo como un hombre por encima de tales fantasías. Ella se casaría por títulos, por dinero o por ambas cosas, como todo el mundo sabía, y, como hijo menor de un modesto barón, Thomas no tenía ninguna de esas cualidades, lo que hacía que el hecho de que le atrajerse resultara mucho más irritante.

La risa sensual de la joven le envolvió, revelando otra de las cualidades que la distinguían de las gorjeantes muchachas de la alta sociedad. Todo en aquella mujer era a la vez perturbador y fastidioso, cuando en los demás aspectos de su vida se consideraba un hombre que actuaba con lógica, decisión y sentido del equilibrio.

—¿Decía, señor Richards...?

Thomas volvió su atención a la joven que se encontraba junto a él, con un vaso de limonada en sus delicadas manos y prestándole muchísima atención con los ojos muy abiertos, una expresión que sin duda su madre le habría enseñado, puesto que la mujer no ocultaba a nadie su intenso deseo de casar a su hija menor.

No es que estuviera en contra, por principio, de la señorita Carolyn Morton. Los modales de la muchacha eran de alta cuna y no parecía el tipo de mujer que fuera a empeñarse en arrastrar a su futuro marido a Londres en busca de la vida social que a él le parecía más que tediosa. Lo que le preocupaba era el nivel de inteligencia de la joven. A pesar de las muchas advertencias que pesaban contra las mujeres aficionadas a los libros, él prefería encontrar una con la que se pudiera hablar de vez en cuando. Nunca había imaginado que aquel punto de vista convirtiera la búsqueda de pareja en algo tan difícil. Aunque a muchas de las debutantes de la temporada les habían enseñado literatura y arte —dos áreas de estudio de las que él también disfrutaba—, ninguna de ellas podía dar la menor opinión crítica sobre dichos temas, ni por supuesto sabían una palabra sobre cuestiones de economía o política.

A pesar de todo, la señorita Morton era una chica agradable y Thomas, distraído por la entrada de la señorita Sterlington, había interrumpido su respuesta sobre lo que pensaba de la actual sesión parlamentaria. Tenía que poner remedio a eso de inmediato.

—Sí —repuso, recordando la conversación que acababa de cortar—, como estaba diciendo, tengo la esperanza de que el parlamento aborde las reformas agrícolas que tanto necesita el norte de Inglaterra. La minería está absorbiendo tal cantidad de inversiones que temo por el futuro del ganado y de los campos de los que depende nuestro país. Si los industriales mineros siguen tomándose tantas libertades con la tierra y sus correspondientes derechos de riego, que están comprando a un ritmo alarmante, no dudo de que pronto tendremos que importar carne de buey del continente. Una solución inaceptable, en mi opinión, cuando tenemos los recursos para ser autosuficientes, con la sola condición de que el parlamento se decida a proteger sus intereses, así como los de toda Inglaterra.

La señorita Morton asintió, pero Thomas pudo ver claramente el vacío en su expresión y se dio cuenta de que había ido demasiado lejos con información que no podía ser de interés para su interlocutora. En un intento de reparar la situación, el joven aristócrata se inclinó levemente y sonrió a la muchacha con un gesto muy caballeroso.

—¿Le gustaría bailar conmigo la próxima cuadrilla, señorita Morton? —dijo.

La luz que Thomas había ahuyentado del rostro de la joven con su charla sobre vacas y maíz regresó inmediatamente. La joven asintió tan rápido que los rizos que le caían a ambos lados de la cara se sacudieron, como si ellos también estuvieran impacientes por salir a la pista. La señorita Morton sonrió mostrando unos incisivos impresionantes que no le hubieran importado mucho si la chica hubiera dado algo más de sí como conversadora.

—Definitivamente, estaría encantada bailar una cuadrilla con usted, señor Richards.

—Estupendo —respondió Thomas con una ligera inclinación de cabeza—. Regresaré a por usted en cuanto este grupo haya terminado.

La señorita Morton volvió a sacudir sus rizos mientras Thomas se abría paso entre la concurrencia hacia una de las salas de reunión que no estuviera tan abarrotada de gente como las otras. No soportaba las multitudes durante mucho rato y necesitaba un momento para sí mismo antes de llevar a la señorita Morton a la pista de baile. Al pasar, Thomas vio a la señorita Sterlington rodeada por media docena de pretendientes y sintió que apretaba los dientes en una reacción aparentemente incontrolable.

Había acudido a Londres porque era razonable esperar que un hombre que buscaba esposa encontrara una entre todas las jóvenes que acudían a la ciudad durante la temporada social, temporada que, justamente, coincidía con el periodo de sesiones del parlamento. Sin embargo, después de un mes en la capital, aún no había conocido a ninguna mujer capaz de mantener su interés durante una velada entera. Pensó en la señorita Sterlington y negó con la cabeza ante la ironía de que la única debutante que había llamado su atención era precisamente una que estaba lejos de su alcance.

El joven encontró un rincón casi vacío donde alguien, afortunadamente, había abierto una de las ventanas con parteluces romboidales y se tomó la libertad de abrirla un poco más para que el aire fresco le diera en la cara. Nunca se le habría ocurrido llamar puro al aire de Londres, pero en la calle se respiraba desde luego mucho mejor que en el cargado salón de baile. Thomas miró hacia un jardín de las inmediaciones y sintió una ola de melancolía mientras observaba los árboles y el sendero.

Echaba de menos Yorkshire, donde había vivido toda su vida y donde estaban enterrados su padre y su hermano

mayor. Añoraba los páramos, el ganado y las ovejas de North Riding y pescar en el río Wiske, que corría por las tierras propiedad de su familia, caminando por el barro con sus botas desgastadas y comiendo manzanas que tomaba directamente del árbol cuando estaban maduras. Echaba de menos a su madre, a su hermano y a su sobrina Elizabeth, que se estaba adaptando al nacimiento de su hermanito, el próximo lord Fielding. En fin, Thomas echaba de menos los sencillos bailes en el campo, donde los asistentes no sentían la singular presión de tener que encontrar pareja para casarse en medio de la multitud.

—Solo una temporada —le había suplicado su madre hacía dos meses, revelando un plan en el que llevaba pensando cierto tiempo—. Estoy segura de que, una vez que te comprometas con tus tierras, nunca más saldrás de Yorkshire.

En aquel momento Thomas no se vio capaz de apaciguar adecuadamente los temores de su progenitora y por tanto accedió a sus deseos.

—No me digan que estoy ante el honorable Thomas Richards...

Reconoció al instante la voz nasal a sus espaldas y sonrió antes de darse la vuelta para encontrarse cara a cara con un dandi de los auténticos, que lo observaba con curiosidad a través del monóculo que llevaba ajustado a su chaleco con un lazo negro.

—¡Si no lo veo, no lo creo! —exclamó el petimetre mientras golpeteaba elegantemente el suelo con su zapato verde de punta cuadrada. A continuación, apoyó una mano en la cadera, bajó el vaso y miró a Thomas con creciente asombro.

—¿Thomas Richards en Almack's? ¿En Londres? —dijo, con los ojos cerrados y negando con la cabeza, mientras tomaba aire con fuerza, en plan teatral—. No, no, debes de ser un impostor. El Thomas Richards que yo conocía, bendi-

to sea, nunca haría tal aparición. No, eso iría en contra de todas sus convicciones, estoy seguro.

Rio y tendió la mano a su antiguo compañero de clase. Aunque eran tipos de hombres muy diferentes, Thomas había considerado a Fenton un gran amigo durante muchos años.

—Mi sorpresa habría sido aún mayor si el vizconde Fenton no se encontrara en Almack's, en Londres —respondió, imitando la cadencia de su interlocutor—. La verdadera pregunta es por qué llevo en esta ciudad casi un mes y no lo he visto antes.

La manera que tenía Fenton de estrujar la mano al saludar le recordó que, si su antiguo camarada lo decidía, podía dejarlo tumbado en el suelo en un santiamén. Lo había hecho más veces de las que Thomas quería recordar cuando eran compañeros de clase en Oxford y trataban de demostrar quién era el más fuerte, como suelen hacer los jóvenes en una gran variedad de juegos competitivos.

—¿Cómo estás, amigo? —preguntó, dejando de lado el tono bromista.

—Muy bien —respondió Fenton, con voz baja y tranquila, ahora que no estaba haciendo el espectáculo—. ¿De verdad llevas un mes en Londres?

—Casi —confirmó—. Darwood me dijo que estabas en Brighton.

El vizconde asintió.

—Así es, pero la compañía me aburría y al final me di por vencido. Bueno, qué suerte que haya sido así. Es estupendo verte de nuevo. ¿Qué tal lo estás pasando en la gran ciudad?

Thomas abrió la boca para contestar, pero Fenton lo interrumpió antes de que pudiera decir una palabra.

—Ah, déjame adivinar —dijo el vizconde, volviendo a su anterior afectación y llevándose una mano al pecho—. Estás horrorizado por la suciedad y aburrido con el entreteni-